

# Salir del «Continente Maquiavelo»

## La política repensada a partir del siglo XXI

MANUEL CASTILLO OCHOA  
*Universidad Ricardo Palma*

Resumen

**H**ace un buen tiempo atrás, Louis Althusser<sup>1</sup> señaló que Marx había creado un nuevo continente teórico. Aludía a que la teoría social ingresaba con él, con Marx, al espacio de la teoría social científica. Obviamente, en el momento en que esto escribía Althusser, el punto fijo de sus ataques era Sartre. Althusser se lanzaba con todo contra el Marx humanista que había teorizado Sartre en sus trabajos y textos teóricos. Para Althusser, Marx no era una humanista, era un científico. Apelando a la ruptura epistemológica, concepto que había popularizado en el mundo de la teoría Bachelard, señalaba que lo mismo había hecho Marx en el análisis de la sociedad. Una ruptura epistemológica total, violenta, integral, un punto de quiebre irreversible. Había dejado atrás no sólo a Hegel, sino a todo el especulativismo metafísico que desde el renacimiento ensalzaba al ser humano, más si era europeo, más si era blanco, más si era cristiano, como el centro de la vitalidad social. Al echarse abajo el humanismo marxista de Sartre, Althusser colocaba como lo vital, lo dinámico, el motor de la sociedad a las clases sociales y en el centro de ella, al proletariado. Nada que ver con el humanismo renacentista, ni con Sartre y su humanismo marxista.

Pero, oh lógica del tiempo, con el transcurrir el propio Sartre asumiría en textos posteriores la propuesta de Althusser y olvidándose del humanismo marxista, apoyaría resueltamente a las revoluciones tercer mundistas proletarias y se jugaría entero por los guardias rojos y su revolución cultural china a la muerte de Mao. Pero, para nuestro interés, la propuesta de Althusser y la reinterpretación que hizo del pensamiento de Marx, señaló un canon metodológico para las ciencias sociales. Puede haber un antes y un después a partir de la obra de un autor. Claro no de cualquier autor, no tampoco de cualquier texto. Sino de un autor de peso. De uno que haya adquirido a través del tiempo presencia, densidad, importancia. Y de una obra que supere al resto, que se haga sentido común, que abra nuevas vías de hermenéutica. Al final de cuentas el canon metodológico que aplico Althusser a Marx, sirvió muy bien para demostrar que no sólo en Marx había dos Marx, el joven y filosófico y el viejo maduro y sabio, el Marx de los manuscritos Económico filosófico y el Marx científico de El Capital. Su canon metodológico, el de Althusser, el de un parte aguas sólido en la historia del pensamiento y de la teoría, podía servir muy bien, también, para aplicarlo a otros autores.

Y así sucedió, efectivamente. Y sucedió con Maquiavelo. Si tomamos al vuelo, púes aquí no podemos detenernos en cada uno de sus planteamientos, las principales obras de historia de teoría política en el pensamiento occidental —la de Sabine, la de Touchard, la de Wolin<sup>2</sup>, la de Strauss, y si tomamos las reflexiones de otros «clásicos» del pensamiento político contemporáneo, Cerroni, Habermas, etc.— todos ellos nos señalan que a partir de Maquiavelo, hubo una inflexión, un punto de quiebre, un antes y un después radical. Que con él, con Maquiavelo se inaugura el pensamiento moderno de la política, Que con

1 Althusser, Louis «La revolución Teórica de Marx», Ediciones Siglo XXI, México, 1976.

2 Recientemente Fondo de Cultura Económica ha reeditado la obra de Sheldon Wolin, que resume lo que estamos señalando. Véase de ese autor «Política y perspectiva: continuidad y cambio en el pensamiento político occidental», Ediciones FCE, México, 2013.

él y bajo él, surge la modernidad política, otra lógica de pensar la política, otra manera de interpretar lo acontecido en esa esfera. Y ¿Por qué ello? ¿A qué se debe esta importancia maquiaveliana?

Hay un acuerdo tácito sobre la obra de Maquiavelo. Un consenso por todos –obviamente hay las excepciones- aceptado. Maquiavelo rompió con la dualidad política sobre la que se basó el imperio Carolingio. Rompió con la dualidad que había impuesto el pensamiento Agustiniiano de los dos mundos, el celeste de la ciudad de Dios, y el mundano y terrenal de la ciudad de los hombres. Esta idea cuajada y cristalizada por la obra de San Agustín de Hipona, se remonta ya a los primeros pensadores cristianos. Paulo de Tarso, el fundador del pensamiento Paulista ya la tiene en cuenta. Y por ello, y por otras variadas razones, el enfrentamiento a lo largo del transcurrir del imperio Carolingio entre la vida y el poder mundano encarnado por los señores feudales, localistas y feroces, y el poder celestial con su representante intermediaria en la tierra, la Iglesia y sus numerosas ordenes, no cesaría en ningún momento. La cruenta historia de las intensas guerras religiosas del medioevo europeo así lo demuestra. El climax, teóricamente hablando, en el plano de las ideas, culminaría cuando Hobbes tuvo que inventar el modelo político del «Leviathan» para poder, precisamente, salir del «permanente y cruento corazón egoísta de los hombres» y poder construir civilización, sociedad civilizada.

Maquiavelo, como ya todos sabemos, no apela al poder como devenido de Dios sobre los hombres. No, son los propios hombres los que construyen el poder y los que, construyéndose a sí mismos, si es que tienen virtud, patrimonio, pueden doblegar a la rueda de la fortuna y subiéndose sobre ella, gobernar, dominar, controlar al resto. Por eso es un pensamiento clerical, anti-eclesial. La política no viene de lo celestial, de lo sagrado, de lo sobre natural. Viene de lo más profundamente terrenal, de lo más natural, como son las ambiciones, temores, ansias, inhibiciones, resquemores, resentimientos, envidias, que se encuentra en el corazón de todos los hombres, sin excepción. Inaugura así una entrada, una perspectiva nueva para su tiempo, de análisis político.

¿Sicológica? Si, y también profundamente racional. Estamos en el núcleo central de la «escuela política de la elección racional». Todo tiene su costo y su beneficio. La reciprocidad del don Mausaliano, devenido en mercancía de tú me das, yo te doy. El precursor, en los inicios del tiempo de lo que ahora, rimbombantemente la politología norteamericana denomina «análisis económico de la democracia». En las elecciones, campañas, el líder compra votos con la promesa de redimirlos con «favores» (puede llamársele eufemísticamente «responsabilidad cívico individual o empresarial») cuando llegue al poder. Los electores dan el crédito de sus votos al líder esperando «cobrar» cuando el líder disponga de los medios, cuando gane las elecciones. La racionalidad del costo-beneficio no acepta sacrificios ni vanas promesas, ni heroicidades ni preferencias extra económicas<sup>3</sup>. Recordemos, en la política no hay inocentes, no nos equivoquemos.

3 Existe una vasta literatura sobre la obra de Maquiavelo. Por razones de espacio y para no repetir lugares comunes aquí solo señalaremos una de las que, nos parece, sumamente valiosa. Horkheimer, Max «Historia, metafísica y escepticismo», Ediciones Alianza editorial, España, 1982.

El almuerzo está desnudo, más obsceno que nunca. Justamente eso es lo que representa Maquiavelo en su modernización de la política. Al quitarle de golpe su Aura a la política, al desacralizarla, al bajarla al terreno de los mortales, al observarla como juego de intereses, de intereses descarnados, no solo es el precursor del liberalismo y sus variantes neos, no sólo se antecede a Adam Smith o David Ricardo, y a los Buchanan, Von Hayeck o Friedman, y las variadas generaciones de la escuela de Chicago. Al final de cuentas la racionalidad del costo y beneficio ya no es sólo privativa y pivote metodológico de la ciencia económica, sino que las propias ciencias sociales pueden encontrar un ancla metodológica para explicar los erráticos comportamientos sociales. Ahora con el costo/beneficio nada es errático, todo tiene explicación racional. Más allá de las preferencias culturales, de gustos residuales pre-modernos como se diría en un lenguaje a lo Pareto, el análisis al final de cuentas descansa sobre algo no solamente racional, sino medible, calculable. ¿Al fin de cuentas no es el propio Marx el introductor en el análisis colectivo de la racionalidad costo/beneficio, solo que llevado a conductas colectivas como la de las clases sociales? Si Adam Smith habla del costo/beneficio a nivel de los sentimientos morales individuales, Marx lo hace el nivel de agregados colectivos como los de clase. Pero al final de cuentas ambos están en el terreno, el espacio, en la zona, en el continente que inauguro Maquiavelo.

Maquiavelo en sus textos representa un salto mortal. El pase del Homo Sapiens -tan bien reconocido y dignificado por Aristóteles cuando al inició de su texto «Politeia» decía que al ser humano lo que más le interesaba era saber, conocer- al «homuseconomicus». Al hombre que sólo le interesa tener, adquirir, consumir. Más aún si es la política y es poder. Por eso, justamente, por eso Maquiavelo es moderno. Nos trasplanta de lo pre-moderno a lo moderno. La política deja de ser vista con él, como heterónoma, creacionista. Pasa a ser concebida como autónoma, ya evolucionando, o mejor experimentándose como acción típicamente humana.

Por eso para Maquiavelo la política no es religión, no es ética en el sentido de que sus contenidos se deriven de la moral cristiana; tampoco es moral, en el sentido que sus máximas se deriven de la religión. Ni religión, ni moral, ni ética. La política y el poder que de ella se deriva para con los otros, se construye, se organiza, se arma a partir de otras prescripciones. ¿Cuáles son esas otras prescripciones? La política se construye desde las propias características estatutarias de la naturaleza de los humanos. Y los humanos piensan, razonan, disciernen, imaginan y poseen identidad, gustos. Clasifican, a partir de las condiciones humanas de cada uno, sienten, poseen una estructura de emociones, por consiguiente, proyectan, ambicionan, temen, odian. Y ahí está el quid de su accionar, de sus movimientos. La base constitutiva de sus conductas, tanto individuales, como colectivas.

La una no es la suma de las otras, y eso bien claro lo tenía Maquiavelo, pues a los de la elite los trata diferente que a los de la masa, porque el patrimonio no es casual, ya es fuente de individualización. De personalidad propia, de comparación y comparatividad. Desde ahí, entonces, desde esa mirador, desde esa perspectiva, naturalista, sicologista, hay que hacer el diagnóstico de los otros, para controlarlos, moverlos hacia escenarios que a mí me

convengan. La prospectiva está clara. La ciencia de la política, en sus balbucesos iniciales, puede incorporar la previsión. Pero a diferencia de Galileo o Copérnico, contemporáneos semióticos-climatológicos renacentistas de Maquiavelo, aquí no entran los cálculos matemáticos como en la astronomía inicial, esa que estaba pasando de la astrología geocéntrica a los inicios de la astronomía helio-céntrica. Aquí la previsión se hace con la propia actuación, no hay observador neutro de lo que acontece en otra esfera separada de lo social, como es lo natural. Aquí la previsión y el cambio de lo social se hace desde lo social, más aún desde lo individual socializado como estatus, institucionalizado como comportamientos representativos. Porque tanto lo individual, como la masa son sociales, representan en sus cuerpos, en su movimiento, institucionalidad. Tanto el individuo de la aristocracia que conspira con minúsculos grupos en los interiores de los palacios venezianos, como el grupo asimilado a masa que se comporta fusionándose en una revuelta o en un motín.

Maquiavelo nos introduce abruptamente al mundo de lo moderno y su modernidad psicológica. Y para eso nos introduce a la esfera de la Cultura de la Sospecha. La esquizofrenia del hombre moderno, o su ser «algo esquizo» cuando la misma se presenta como patología todavía convivencial y sin salirse de los marcos de la institucionalidad «normal» o, como comúnmente se dice, «nadie es inocente», es propio de la cultura de la modernidad. Por lo tanto, si nadie es inocente, todos sospechamos, nos adiestramos desde la socialización temprana en observar a los otros como personas pero también como cosas, en su ser pero también en su facticidad. Por algo Sartre señalaba que de los tres absurdos de la existencia, la facticidad que el otro me impone con su mirada y me ve como cosa es fundamental, tanto como uno lo puede ver al otro como cosa y viceversa, la mirada del otro sobre el cuerpo de lo uno. Y si la modernización es mercado, la modernidad, cuando del hábitus corporal del mercado pasamos a la reflexión consciente, es «sospecha», porque en el mundo del mercado, en la generalización del intercambio de la mercancía, todos negociamos, todos guardamos nuestra reservas para obtener algo más del otro con el que negociamos. Se ha perdido la inocencia del campesino englobado en la economía natural. Se ha perdido la inocencia de dar esperando reciprocidad como en las islas tobríanas que descubrió Malinowski y la importancia del don, como reconocimiento. Aquí el Potlatch<sup>4</sup> antropológico se ha desvanecido envuelto en el intercambio del mercado.

Por eso Maquiavelo es plenamente moderno. Estamos en el plexo de la modernidad, y los que no se adapten a ello, o no lo tengan en cuenta, serán avasallados por los otros. Los que, según Maquiavelo, tienen Virtud y obtendrán Fortuna. La Virtud y la Fortuna, para Maquiavelo no es el saber o las buenas maneras de la mesa, aunque no se las descarta. La virtud y la fortuna, y en especial la virtud, es vivir adaptado a la cultura de la sospecha, pero sospechando más que el otro, calculando al otro, a los otros, más de lo que uno puede calcularlo. Por eso, la segunda regla a la que Maquiavelo nos introduce como politólogo de la modernidad, es a la lógica del cálculo. La política deja

4 Potlatch, ceremonia de los indios del Pacífico descubierta por el antropólogo Malinowski que consiste en ceremonias de intercambio de bienes a fin de preservar el status social.

de ser lógica de lo providencial como en San Agustín, para pasar a ser lógica del cálculo. Así, si la política había sido providencialista a lo largo de los mil años de la feudalidad Carolingia, ahora, con Maquiavello va ser Calculista, en los próximos quinientos años, hasta nuestra actualidad. Del Providencialismo al Calculismo, y en eso andamos.

Pero ingresar a la política como Buen Cálculo es convertirnos a todos sin excepción, o con la excepción de los perdedores, de los que se quedan, de los ninguneados, justamente, de los que pierden por no hacer Buen Calculo, o no saber hacerlo o seguir siendo inocentes: es convertirnos todos, digo, en jugadores. En apostadores, en competidores de esa inmensa maquina diabólica que Polanyi denominaba «Satánica», trituradora de la especie. El mercado mundial convertido en expansión planetaria desde el siglo xix. La solicitud que a todos nos hace la lógica del mercado globalizado cuando nos pide «Haz tu reingeniería» o la técnica del «Coachingtimefull», no es otra cosa que una deriva diferida quinientos años después, de lo que teorizó Maquiavelo al introducir la política como Buen Cálculo. Y así mismo, cuando el cine norteamericano enseña al mundo con su proliferante difusión que hay dos tipos de personas —Losers y Winners, ganadores y perdedores— por su propia culpa y se eximen de la redistribución y la «piedad» para con el pobre, el necesitado, y más si son republicanos, sólo nos muestran que están topográficamente situados, localmente enraizados, en el continente teórico que Maquiavelo descubrió.

Pero al hacer esa operación teórica, o ese parte aguas histórico, esa ruptura epistemológica en el pensamiento occidental, como se decía hace unos años siguiendo a Bachelard o Althusser, o como diríamos nosotros, haciéndonos ingresar a un Continente nuevo en el pensar, Maquiavelo no sólo renunció y fustigo el providencialismo eclesial Agustino. No sólo renuncio y quebró la reflexión de Paulo de Tarso o el nuevo testamento de San Pablo cuando hablada de «Dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que de Dios». No sólo se enfiló contra mil años del pensamiento providencial. En realidad enfiló contra los inicios aurales del pensamiento político occidental, contra los fundamentos iniciáticos del pensar la convivencia de los Civitas, de los ciudadanos. En realidad enfiló contra los inicios del pensamiento de occidente, esos inicios que ahora, justamente ahora, empezando el siglo xxi, vuelven a re-empezar paulatinamente, a colocarse como horizonte existencial de la humanidad.

¿Qué es al fin de cuentas la promesa de Occidente? Husserl lo textualiza magistralmente<sup>5</sup>. El legado de Occidente es la filosofía, es esa atención, esa focalización del pensamiento para llegar al uno, a las primeras causas, por medio del pensar sistemático. La herencia para pensar racionalmente. Para analizar cómo llegar al centro del fundamento, al núcleo iniciático. Pero llegar a ese centro del fundamento, sin pasar, es más dejando radicalmente de lado, la verdad como revelación. La verdad como la ley del intermediario-profeta que, por medio de él, nos hace escuchar la voz de Dios, el eco de lo sagrado. La metodología filosófica, si la hay, es llegar al fundamento por el propio

5 Husserl, Edmund «La filosofía como ciencia estricta», Editorial Nova, Buenos Aires, 1973. En ese texto puede encontrarse el ensayo de Husserl «La filosofía en la crisis de la humanidad europea (La conferencia de Viena)», al que hacemos alusión.

camino de la razón y no por el camino del éxtasis, del Tora, del aura, de la sublimación. No por el camino del que, apartándose de lo profano y mundano, se acerca al centro, al uno, por la huella de lo sagrado. Al fin de cuentas de la metafísica. Y ese el secreto «griego», ese es su legado. Y ese es el legado al mundo desde los inicios del pensamiento occidental. Llegar al centro del fundamento no por la huella de la revelación de lo sagrado, sino por el piso de la racionalidad de lo profano. Por eso, en los inicios de los tiempos Helénicos la religión y sus verdades eternas, sus rituales y sus sacerdotes, se separaron de los razonadores, de los filósofos. Los poetas fueron dejados de lado por los filósofos y los filósofos luchaban contra los sofistas de la fascinación del verbo. Poetas contra filósofos, Dionisios contra Apolo, dirá Nietzsche. Y por esa misma causa de la filosofía como ejercicio de la razón dialogante, se inventaron otras formas objetuales para ella. Así, de la búsqueda de las primeras causas —Aristóteles dixit— se pasó a buscar racionalmente las causas, las condiciones humanas, de una buena convivencia social. Se descubrió la convivencialidad de la polis, y el debate para su buen ejercicio de dirección no fue más que la culminación del trasvase de la filosofía a la política. ¿Y qué encontraron? Justamente lo que se echó abajo Maquiavelo.

En la memoria del transcurrir de los primeros debates sobre el inicio de la política —sobre esa búsqueda inicial de lo que es un buen gobierno— entre otros muchos, nos quedan tres autores centrales. El primero Sócrates y su apremio para condicionar, haciendo relucir la Virtud, al que fuera a dirigir la polis. Por eso su metáfora de Diógenes y sus vanos esfuerzos por encontrar al virtuoso. Toda la carga Socrática en la dirección de la polis recae en la Virtud y sus derivados. Y Sócrates no lo encontró, pero el precio de su desencuentro y su negativa a desandarse de su búsqueda la pago con su propia vida. Pero Sócrates no era infalible, se equivocaba en algo. Se puede ser virtuoso en la vida cotidiana, en el mundo de la doxa pero ¿Qué garantía existe de que una vez ungido en el poder el virtuoso no se convierta en vicioso? Esa es una pregunta que hasta la actualidad todos la andamos buscando y por eso Popper, en pleno siglo xx, decía «los más difícil no es elegir al dirigente sino como controlarlo cuando asuma el poder? Y ¿no es ese el drama contemporáneo de la globalización, el vivido drama peruano en toda su magnitud?

Y esa también fue la falibilidad de Platón, el segundo de los tres autores iniciáticos. Para salir de la aporía Socrática, Platón nos propuso otras garantías para condicionar al elegido. Primero que no sea cualquiera, que sea filósofo. La virtud del que sabe, del erudito, puesto en el trono del poder. Segundo, rodeado de los Guardianes de la República, probos guerreros dedicados a la salvaguardia del bien común de la cosa pública. Y, tercero, la garantía condicionante de que ni el Rey-filósofo ni los Guardianes de la República, tengan ningún afecto personal, ninguna propiedad, ninguna familia, ningún amorío. La garantía de que sus enteras vidas estén dedicadas a la salvaguarda de la cosa pública. Pero también Platón caía en otra aporía. Pero ¿Si el Rey-filósofo y sus guardianes se convierten una vez ungidos de poder en mafia, en oligarquía, en grupo autoritario, en Dictadura? ¿Es que acaso no se ha visto ello miles de veces en la historia del poder de la humanidad y en la minúscula historia de la cotidianeidad política del Perú?

La aporía de Platón busco ser resuelta por Aristóteles. Para no caer en el desliz del virtuoso que puede terminar siendo vicioso como en Sócrates, ni en el error de creer que no tener es garantía de no ser grupo corrupto, Aristóteles diseñó una garantía condicionante, un cierre político, que hasta ahora, 2,500 años después, sigue vigente. Un mandato, un imperativo, una norma de normas, una regla de reglas, que a todos los miembros de la polis sujete, condicione, por igual. Inventó la Constitución. Esa ley de leyes que a todos conculca, que a todos envuelve sin excepcionalidad. Vertical y horizontal. De arriba hacia abajo y hacia todos lados la constitución es el imperativo categórico que a todos ordena, diseñado muchos años antes de que Kant buscara darle consistencia desde la razón interior y desde los mandatos de la intimidad de cada uno en su relación con los otros. Si Aristóteles socializó a la polis por medio de la constitución, Kant la individualizó por medio de su imperativo categórico. Y la propuesta constitucional de Aristóteles quedó como una huella indeleble en el razonar político de la humanidad. Ciertamente, post Aristóteles, se denuncia muchas veces que la aporía sigue vigente. ¿Acaso el terrorismo no se cobija bajo los intersticios constitucionales? ¿Acaso la corrupción no se disfraza de constitucionalidad? ¿Es que, nuevamente en el minúsculo quehacer de la política peruana, no ha emergido esa frase de «Otorongo no come otorongo»? Sí, ciertamente a la constitución también se le puede encontrar su reversibilidad, pero esas disquisiciones van por otro camino, nuestras indagaciones van por otro lado.

Van por el lado de la existencia de una marca inicial, de una huella indeleble que ha quedado como un sello duro de borrar. Una arche-logía, un inicio marcado que deja su trazo como tinte indeleble. Un sello que se encuentra en el mismo origen del pensamiento político de la humanidad, y, en nuestro, caso de los filósofos helénicos. Esa idea es que la política, en su origen, en su nacimiento, nace como la idea de un Buen Gobierno. Un gobierno que administre la cosa pública para el bien de todos, de la polis, de los civitas, de los hombres libres y aunque fuera empañada por el no reconocimiento de los esclavos, en ese momento helénico mayoría que trabajaba inmisericordemente, sin thymos y sin reconocimiento, para los libertos, no por eso quita la importancia del nacimiento de la política como Buen Gobierno.

¿Qué entender por Buen Gobierno? Los mismos filósofos y sus seguidores romanos y constitucionalistas como Solón, Clístenes, han dado definiciones que aquí sólo podemos esbozar. Responsabilidad plena del gobernante para con sus gobernados, para con su ciudad, para, como diríamos ahora, mejora en la calidad de vida de sus dirigidos. Responsabilidad con la cosa pública, con el presupuesto, con el envío de las legiones, con la vida en la polis. Con sus organizaciones, con sus instituciones (¿Acaso Marco Antonio no fue ejecutado por el senado cuando desperdició a su legión por su énfasis amorios con Cleopatra, a la cual llevó hasta la Roma misma?). En síntesis responsabilidad con sus dirigidos, donde lo social, el sentido y la vida de las mayorías prima como centro fulgurante del ejercicio del poder. Todo el resto gira alrededor de ese centro cívico, de ese punto nodal. Desde ahí emana todo lo demás. La Política es igual a Buen Gobierno y Buen Gobierno es igual a Política. El teorema se cierra, la igualdad se reen-

cuentra consigo misma, la identidad se hace una. No se puede salir de ese teorema. Así nació el concepto de política. Lo particular y lo universal se fusionaron en una sola idea. Y así se creó ese territorio conceptual, ese continente teórico. Hasta que Maquiavelo creó otro, y lo puso despiadadamente encima de éste.

Entonces, echemos candado al concepto. El nacimiento de la política se hizo en nombre del Buen Gobierno, de buen manejo de la cosa pública, de la Res-Pública. Era esa su transversalidad. Ese eje conceptual cruzaba, desde el centro hacia los lados, desde arriba hacia abajo, al conjunto del pensar político. Era su razón de ser. Nuevamente, su identidad.

Incluso, la inversión teórica que hizo el pensamiento agustiniano, post caída del imperio romano de occidente, de hacernos saltar desde la filosofía a la teología, desde la razón de lo profano hacia la metafísica de lo sagrado, mantendría ese supuesto. El buen gobierno de los pastores para con las ovejas, de los encargados de la palabra de Dios, para con los cuerpos concupiscentes y los pensamientos maliciosos, de la vida mundana sellada bajo el pecado original. Pero la iglesia inicial, arrogándose la conducción de la vanguardia del guía espiritual, también se cubría y se nutría de Buen Gobierno, sólo que bajo el velo de la providencialidad trascendente. Aún con la separación de los dos poderes, de las dos esferas, de las dos «ciudades», el religioso y el mundano, la idea era cruzada, traspasada por la búsqueda de Buen Gobierno. Que la vida los alejará de ese foco, de ese punto de atracción y que, con el transcurrir del tiempo, terminará mundanizada, y el discurso teologal se cubriera de metafísica justificatoria de las desigualdades, lo que denunciarían en toda su magnitud, sucesivamente, Lutero y Calvino, es otra historia. Es historia de la continuidad de la separación entre la metafísica y la física, del discurso y los hechos, de la retórica y la vida, y de los que beneficiaron de ella.

Pero Maquiavelo entró con todo, y hace exactamente 500 años, en 1513, escribió su obra cumbre «El Príncipe» y saco de cuajo a la teorización política de su enraizamiento iniciático. La hizo pasar del Buen Gobierno al Buen Cálculo. Obviamente en ese salto no andaba sólo. Generaciones enteras miraban absortas la propia debilidad del discurso teologal, más aún si se convertía en justificación de lo injusto, si de sus iniciales aires progresistas, emitía ahora un aliento conservador.

Hizo empatar así la política con el piso inmanentista que desde el conocimiento de lo útil se iría convirtiendo en el descubrimiento de las ciencias. Y en esos saltos desde la astrología a la astronomía, desde la alquimia a la química, desde la enfermedad como ontología del mal del cuerpo a la enfermedad como lesión del «sistema» corporal, desde la concepción de especies univocas y lineales a la transgénica natural y espontánea, la razón aguzada, probada y en base a la evidencia, el cálculo y su alianza matematizante, se entroncaban hegemónicas con el planteamiento de Maquiavelo. Hizo él compatibilizar el ánimo emergente de la razón de las ciencias naturales, con la razón emergente de los inicios de la política reconceptualizada como cálculo. Unió renacimiento, ilustración y razón con análisis del poder y política. Se hizo difusor de la desacralización llevada al plano del poder. Si Copérnico nos hizo saltar desde Tolomeo hasta Newton, aunque él

no conociera a Newton. Maquiavelo nos hizo saltar desde los inicios Socráticos hasta las teorías de la elección racional Friedmanianas del siglo xx. Es por eso una obra de envergadura, la inauguración de un momento histórico que supera una coyuntura, un ciclo, que abre una era, un continente nuevo de reflexión teórica.

Detrás de él y su estela reflexiva se consolidarían los Estados Absolutos, llenos de conspiraciones calculistas, ahora magistralmente llevados a la televisión mundial en series como «Juegos de Tronos», magia del gansterismo inicial occidental. También los aprestos iniciales de los Estados Republicanos y la conspirativa calculista entre parlamentos y linajes de poder. Las monarquías constitucionales turísticas de la Europa actual sólo prueban el poder de las máximas de Maquiavelo. La estrategia para dominar al poder sólo se consolidan cuando se preven, bajo cálculo de la sospecha, escenarios simulados. Por eso, en su momento, él de Maquiavelo un pensamiento progresista.

Pero el siglo xx con su derroche de calculismo, de estrategias de previsión, de excesos de teorización del análisis racional o incluso también de análisis de lo irracional en la toma de decisiones —Crozier, Blau en el mundo de la teorización anglo sajóna, Flisfish, Ayala en el pensamiento Latinoamericano—, de excesos de sospecha en todo terreno y en toda institución, convirtiendo la propuesta de Maquiavelo en sentido común, en doxa de lo cotidiano, muestra que el triunfo de Maquiavelo ha terminado siendo nuestra simbología espectral, nuestro fantasma.

Cuando los padres de la teoría crítica alemana, del pensamiento crítico sociológico, Adorno y Horkheimer escribieron su «Dialéctica de la Ilustración»<sup>6</sup>, no sólo la enfilaban contra el enseñoramiento de la razón instrumental sobre la razón sustantiva en el pensamiento occidental, y por consiguiente mundial, global. Lo que nos estaban advirtiendo es que la razón del cálculo, instrumental, destruye a sus propios creadores. Si la cultura de la sospecha se vuelve sentido común, cómo construir sociedad. Al final ese fue el dilema de Hobbes sólo que él no hablaba de culturas calculistas sino de egoísmo natural en el corazón de la naturaleza humana. Pero ¿la salida será entonces gobiernos fuertes, la tentación autoritaria Hobbiana desplegada en toda su intensidad, para hacernos entrar en «razón civilizatoria»? No estaríamos modificando nada, sólo reprimiendo lo que después vendrá con más fuerza. Pero algo sabemos ahora, que las estructuras de emociones no son naturales, vitales, esenciales. Son sociales, el esencialismo, sea ésta naturalista o trascendentalista, entrado al siglo xxi se encuentra en retirada, aun cuando los grandes medios —sino véase los canales de cable de la tv mundial— lo saquen a relucir entre líneas.

El asunto de fondo es cómo salir de la razón del cálculo, de la concepción de la política como Buen Calculo en desmedro de la misma como Buen Gobierno. En regresar a la política como Buen Gobierno, desde lo macro a lo micro y viceversa. En salir del continente de Maquiavelo. Si fue un pensamiento de bienestar en su lucha eclesial anti metafísica en torno al poder, ahora es una razón de malestar. La política del Buen Calculo, llevado al exceso, a la obscenidad con la irradiación de la globalización, es

6 Adorno, Theodor y Max Horkheimer. «Dialéctica de la Ilustración», Ediciones Trotta, Madrid, 1994.

una molestia también globalizada. 500 años después debemos desterrarlo y regresar a la fuente nutricia. ¿Hay condiciones para ello o sólo nos queda resignadamente hacernos una pregunta que no halla su respuesta? Desde varios flancos, desde varias «zonas» teóricas, tomadas de la mano de la repulsa de hechos fácticos que se muestran en su esplendor en el planeta, van saliendo propuestas en esa perspectiva.

Un repaso a lo que ahora se denomina pensamiento contra-fáctico, muchas veces originada en las propias fuentes del pensamiento occidental, apoyado ahora por los pensamientos de fuentes externas a lo occidental —pensamientos «border line», de extramuros, paralógicos— o como señala Baudrillard<sup>7</sup>, patafísico, van creando un cuerpo de respuesta cada vez más ensamblado, más sólido. La búsqueda empieza a encontrar respuestas, más al inicio del siglo XXI. Obviamente a la base, como una causa latente, como una «pulsión a la reflexión», está la crisis del mundo occidental. Están los nuevos movimientos sociales, de los «occupy», de los «indignados». También, de los flujos migratorios, de los sudacas ingresando desesperadamente por México a Estados Unidos para «hacer el sueño americano» que quizás ya no existe en su vitalidad real, sino como atmosfera que cada vez más se esfuma, pero que todavía, en una forma espectral inercial, atrae a los migrantes. También a la base están los negros africanos y árabes que naufragan en las cotas italiana y españolas. Todo ello lleva a la búsqueda de cómo lograr Buen Gobierno y salir del Buen Cálculo. Desde la facticidad de los hechos migratorios y de vida de la multitud salta, mediatamente, hasta la teorización de lo social.

Solo para graficar mejor lo dicho, repasemos algunas teorizaciones. Cuando Maffesoli<sup>8</sup>, ese sociólogo francés tan cercano a las teorizaciones de la conciencia sensorial y de la fascinación por la vida cotidiana, señala que el mundo vive una retribalización, un pase de lo estatal macro social, a lo intimista micro social ¿no nos está diciendo que hay un creciente malestar con la razón del cálculo entronizada como razón de Estado, llevada de la mano hasta el exceso por los políticos de turno del mundo? Esa retirada de las razones de Estado, que muchos leen como despolitización post moderna, no es al final de cuentas, un estado de ánimo que proyecta la repulsa hacia la entronización del cálculo en todas las esferas de la sociedad. Y cuando Zizek, el más fulgurante vendedor de socio-filosofías siconalíticas aderezadas con ejemplos del cine hollywoodense en el mundo, señala que Marx descubrió el «síntoma», es decir, que bajo los «hechos sociales» hay una pulsión que los proyecta a la superficie como «hechos patológicos» —por ejemplo serial killers, proliferación del cine porno, despolitización, individualización excesiva, etc.— en el fondo ¿no nos está diciendo que estos «hechos» manifiestan el malestar con el cálculo, pero en versión «inversa», en reversa. Hasta la intimidad se hace porno, hasta la amistad se esfuma bajo el «egoísmo» individualizador de la razón del cálculo interiorizada en el «alma» contemporánea.

7 Baudrillard, Jean. «La Agonía del poder», obra Póstuma, Editorial bellas Artes, Madrid, 2010.

8 Maffesoli, Michel «Elogio da razaosensível». Editorial Vozes, Petropolis, 1998.

Hace 50 años aproximadamente, Marshall McLuhan, el filólogo analista de lenguajes comunicacionales canadiense, señaló que estaba terminando la era escritural, la galaxia Gutenberg, y que ingresábamos espectacularmente a la era electronal, al tiempo eléctrico audio visual, ahora desplegado por todas partes. Y esa nueva era que se nos abre es, si bien bajo lenguajes audio visuales, en muchos sentidos retorno del pensar simultáneo, no lineal, no separado. El hombre audio visual, bajo envoltura audio visual, recupera intuición, acusticidad, comunicabilidad, integralidad, fusiónabilidad, una nueva manera de ser, ya que si el ser humano es simbólico, y ese es el fundamento lingüístico comunicacional, el nuevo lenguaje lo contiene de otra manera. En el extremo, algo esotérico, McLuhan señaló que ahora se iba a empezar a pensar con los dos hemisferios cerebrales. Pero en el fondo ¿no es esa una manera de salir de la razón del cálculo, del Buen Cálculo, lineal ascendente, progresivo, pero también parcelador, fragmentador? Al final de cuentas ¿no era McLuhan un crítico acérrimo de lo escritural, de lo visual que corta la realidad en trozos parcelados para dominarlo mejor?, ¿no es esa la expresión de lo escritural que tanto criticaba? Pero, no es justamente, la obra de Maquiavelo en su texto escrito de «El Príncipe», el que nos introduce al Buen Cálculo, a pensar la política como una cartografía lineal, parcelada, susceptible, de cálculo, para dominar y controlar a los «otros» mejor. Después de todo la práctica de la política en la Grecia helénica era oral, hasta la introducción del tratadismo escritural de Aristóteles<sup>9</sup>.

Todo lo anterior nos lleva a reflexionar que hay un rechazo del calculismo, llevado hasta el extremo, no sólo como razón de estado, sino como micro sentido de la vida cotidiana. El triunfo inicial de Maquiavelo, ahora es su derrota. Y, buscamos salir de ello. Pero ello no va sólo por una búsqueda en la esfera de lo mundano, de las ideas que hacen pensar en la rueda de la historia, Ahora a contraposición de lo que pensaba Agnes Heller años atrás cuando separaba la vida cotidiana de la vida del mundo, que no es más que una prolongación del valor de uso separado del valor de cambio, la búsqueda de la salida del malestar de Maquiavelo, pretende, disolviendo la separación, situarse en una zona que hasta ahora parecía intocada. La búsqueda se encara en una zona que une lo cotidiano de lo mundano, la Doxa y el Nous. Es más se trata, bien leído, de disolver esta secularización también propia del pensamiento occidental e ir ingresando a reflexionar sobre una zona que una, en la búsqueda, lo cotidiano y lo extra cotidiano, el uso y el cambio, lo real y lo irreal. El hecho y el espectáculo, lo existencial molecular y el discurso omniabarcador. Y ahora, con la crisis que estamos viviendo en un mundo globalizado a la manera occidental, estas reflexiones, estas «búsquedas» se hacen cada vez más elocuentes, sino de que serviría reflexionar grandilocuentemente por un lado, y hacer, en la vida cotidiana, otras cosas por otro lado. Esa esquizofrenia del «homusoccidentale» del siglo xx, también está en cuestión. Salgamos del continente de Maquiavelo.

---

9 La obra clásica de Marshall McLuhan es «La Galaxia Gutenberg: la creación del hombre tipográfico», y existen numerosas ediciones en diversos idiomas. El texto fue publicado, por primera vez, en inglés, en 1962.